Y me veo reír

The sun in september

Capítulo 1

De nuevo la blanca nieve, de nuevo la extensa y brillante espesura bajo mis pies. Fauces de marfil ante mis ojos: el frío del invierno que acecha. No hace mucho que se me acabó la tinta: desgañitadas plantas y marchitas flores bajo la nieve. Ante el suelo, húmedo y frio, mis dedos sostienen una hoja que ya ha perdido su resplandor. Brilla por la nueva luz que la descubre, pero no tiene nada en su interior; las vetas y caminos por las que la ilusión fluyó hacia sus extremos y la hizo crecer están ahora secos y compungidos.

Noto un extraño olor en el gélido viento y echo a correr. Con los pantalones de nieve, una chaqueta que me cuelga hasta las rodillas y unas botas de montaña que pesan más de un quilo cada una empiezo a correr sin rumbo por la planicie. Todo es blanco; y, debajo, la vida que se esconde de sí misma me asusta. Me imprime un pánico en las sienes que no puedo soportar. Y corro. El frío viento que se cuela entre los cristales de mis gafas me acuchilla los ojos y me hace llorar. Pienso en todas las veces en las que me vi sucumbir, en las que me vi de rodillas e imploré a los cielos por una respetuosa salvación; pienso en cada una de las palabras que me acobardaron y ensuciaron los tímpanos con burbujas de sal, con costras de resina ajena, y me alegro por ser capaz de dejarlo ir, por sacar de dentro todo aquello que había abrazado con mimo y cuidado. Por todos los seres de púas y espinas que llevé en brazos y ahora destilo sobre estas tierras yermas. Espero y me concentro, busco una plegaria en el vaho que exhalo y me consuelo imaginando que estas lágrimas serán sustento suficiente para revivir alguna de las plantas que descubren mis botas.

Y me veo reír. *Me detengo allá donde no se ve nada y me agarro las rodillas con ambas manos, jadeando. Y me veo reír. Los resuellos convulsionan y estallan con sequedad: el martilleo de un pájaro carpintero contra un árbol que no existe.* Y escucho el eco que me regala la posibilidad de una montaña o pared que no veo en la distancia. Recupero el aliento, frunzo el ceño para desprender las lascas que quisieron escurrirse por mis mejillas y comienzo a andar a paso tranquilo. Apartando, con la mano izquierda, la nube de vaho que se forma a cada bocanada y ver así algo entre tanta claridad.

Camino tres días sin agua ni comida, durmiendo de pie y manteniendo la determinación que me propuso una mera conjetura. Una que no me dio más que rechazos: canté y grité, reí con la intención de volver a escuchar el eco, y no recibí otra cosa aparte del crujir de mis huesos como respuesta, solos en la desolada estepa. Y, con todo, seguí andando hacia donde creía que había escuchado el sonido de mi voz reverberar. Continué durante siete días más y alcancé nuevas plantas sin vida bajo mis pies. Recé y lloré sobre ellas como de costumbre; el viaje era lo

suficientemente húmedo como para replantar todos los seres que se escondían de los vengativos cielos que anhelaban el sol que se les había negado. Sin embargo, tras reparar en lo imposible de mi empresa, suspiré, me di por satisfecho y, con la cara consumida por el cansancio y la malnutrición, me senté en el helado firme y volví a pensar en cada instante de debilidad.

Sonreí en señal de agradecimiento y escuché el crepitar de la primavera llegar a mis oídos; un rayo de luz acarició mi cara, calentando mis inquietudes y disipando mis dudas. El esponjoso hielo en el que me había sentado se deshacía y agrupaba en pequeños riachuelos que corrían sin prisas hasta el océano que se divisaba más adelante. Pasé la mano por el redescubierto prado que me rodeaba y la humedad que aún vivía en su superficie me salpicó la cara, devolviéndome las fuerzas que le había prestado en su momento. O eso quise creer.

Gracias por ser partícipe del tránsito. Si te ha gustado no olvides votar y comentar, por favor.